

Más a favor de la psicología popular

ÁNGEL RIVIÈRE

Universidad Autónoma de Madrid

Cuando hablamos de Psicología Popular nos referimos, en realidad, a dos «psicologías» diferentes: una, a la que podríamos denominar el *cinturón externo* de nuestras creencias psicológicas cotidianas, está constituida por las opiniones, juicios y valoraciones variables sobre nuestra propia conducta y la de los demás; opiniones, juicios y valoraciones que dependen en gran parte de condiciones socioculturales e incluso de la divulgación de determinadas teorías psicológicas. Creo que es a este aspecto al que se refiere López Cerezo cuando dice que «es sencillamente erróneo afirmar que la psicología popular no ha sufrido ningún progreso significativo desde el Antiguo Testamento. Es difícil no distinguir, por ejemplo, tiempos pre y postfreudianos en la psicología popular: el inconsciente forma ya parte de nuestro vocabulario cotidiano». Ese conjunto de opiniones, culturalmente determinadas sobre la naturaleza de la mente y las causas de la conducta tiene, sin duda, un carácter cambiante, aunque no necesariamente progresivo.

Por otra parte, está lo que podríamos llamar el *núcleo duro* de la psicología popular: un conjunto de *principios de funcionamiento psicológico* (más que de creencias explícitas) que están implícitos en nuestros usos lingüísticos habituales y que dirigen nuestras interacciones con los demás. Nuestras relaciones con los otros implican la posesión de lo que Premack y Woodruff (1978) han denominado una «teoría de la mente»; es decir, implican la suposición de que los otros poseen estados mentales; la atribución a otros de creencias, deseos, recuerdos, emociones y otras entidades que tienen una naturaleza semejante a la que poseen las entidades conceptuales que se emplean en las teorías científicas: son inobservables que parecen cumplir la utilidad de *predecir* y *explicar* nuestra conducta y la de los demás. La teoría de la mente requiere, por una parte, la noción de que *existe una identidad fundamental entre nuestros propios estados mentales y los de los demás seres humanos*, y por otra, la capacidad de distinguir temporalmente entre los estados coyunturales y concretos de creencia, deseo, interés, etc., de los demás y los nuestros. Esta competencia de diferenciación se muestra sobre todo en un curioso indicador: la capacidad de mentira o de engaño deliberado —la posibilidad de inducir en otros organismos estados de creencia diferentes a los propios, de forma deliberada y con el fin de obtener un beneficio—.

El estudio del desarrollo y la naturaleza de este núcleo duro, o *teoría de la mente*, que es el fundamento de la comunicación humana tuvo su origen, por una de esas profundas paradojas que se dan a veces en la historia de la ciencia, en ciertas investigaciones realizadas sobre antropoides superiores (chimpancés concretamente) por Premack y Woodruff (1978) y Woodruff y Premack (1979), en que demostraban que, en ciertas condiciones

experimentales, algunos chimpancés pueden atisbar estados mentales en humanos o recurrir a tácticas de engaño deliberado (véase revisión reciente de Premack, 1988). Estas investigaciones han tenido consecuencias importantes especialmente en el campo de la Psicología evolutiva (Astington, Harris y Olson, 1988), dando lugar a numerosos trabajos que han permitido determinar la notable competencia que tienen niños muy pequeños (de entre dos y cinco años) para reconocer estados mentales en otros y diferenciarlos de los propios. Por otra parte, ciertos estudios han demostrado que las carencias o deficiencias en la construcción de una «teoría de la mente» son características de los cuadros de autismo infantil (Baron-Cohen, Leslie y Frith, 1985, 1986).

Lo que resulta paradójico es el hecho de que, al tiempo que los psicólogos comenzamos a reconocer la significación e importancia de las habilidades psicológicas de los chimpancés y niños pequeños, dudemos de la eficiencia real y del auténtico significado de las competencias psicológicas naturales del «hombre adulto, normal y generalizado», cuando tal sujeto abstracto es mirado desde las también muy abstractas categorías de la psicología del procesamiento de la información o de la neurociencia. Ciertamente, y como ha pretendido Dennett (1978, 1980), estas categorías se sitúan en un nivel explicativo *subpersonal*, en el que desaparecen los estados mentales tal como se definen en nuestras interacciones cotidianas. Como ya señalaba en otro sitio, las relaciones entre el «sujeto cognitivo» y el que podríamos llamar «sujeto de atribución de la psicología natural» son complejas y difíciles. Lo que ya no está tan claro es que las dificultades provengan sólo de una de las partes: a la crítica sobre la significación ontológica, capacidad predictiva y rigor del núcleo duro de la Psicología popular cabría responder con otras críticas referidas a las enormes dificultades de la psicología del procesamiento de la información para dar cuenta de la funcionalidad cognitiva de la conciencia y para explicar ciertas distinciones básicas en la psicología natural y en la regulación de las interacciones cotidianas entre humanos: distinciones como las que hacemos entre conductas intencionales y no-intencionales, entre funciones psicológicas tales como pensar, crear, recordar, desear, comprender, anhelar, etc.

Los ricos matices que se realizan en todos los lenguajes naturales entre estados mentales diferentes constituyen una expresión de una importante capacidad para representarnos nuestros propios estados internos y para construir *representaciones sobre representaciones* (representaciones sobre las representaciones de otros). Esta habilidad *metarepresentacional* merece, por sí misma, una explicación cognitiva (Leslie, 1988) y, cuando menos, la dignidad de variable dependiente de la investigación cognitiva *sobre humanos*. Desde esta perspectiva, negar su relevancia resultaría tan absurdo como pretender negar la que tienen los comportamientos lingüísticos o las habilidades de inferencia sobre el mundo impersonal que se estudian en los laboratorios de psicología o en ambientes más naturales. Sencillamente, la gente infiere estados mentales del mismo modo que infiere relaciones entre sucesos y objetos no-personales. Si bien en psicología se ha primado la investigación sobre la cognición impersonal, con respecto al estudio de la cognición interpersonal, ello no quiere decir que aquella no sea importante y merezca investigarse por sí misma.

Claro que ésta no es la médula de la cuestión. Seguramente, ni los de-

tractores más tenaces de la psicología popular negarían la pertinencia de estudiar los procesos y las representaciones que nos sirven para crear esos fantásticos estados mentales, de los que hablamos todos los días. Sin embargo, no les sería fácil: a) explicar la significación adaptativa que tiene ese lenguaje supuestamente ficticio (o, más directamente, falso) sobre la mente, demasiado omnipresente en nuestra especie como para ser sólo un fardo inútil y un juego de enredos, como tampoco b) *simular* en sistemas artificiales de procesamiento esos mecanismos metarepresentacionales, por medio de los cuales nos asignamos a nosotros mismos y atribuimos a los demás enlequias tales como creencias, deseos, pensamientos, recuerdos, emociones... Como ya he señalado en otro momento «al fin y al cabo, los ordenadores no están en presencia de nuestras mentes, sino de nuestros datos y algoritmos. No aspiran a comprender nuestras intenciones, sino que se limitan a computar estructuras formales. No nos engañemos: son poco empáticos con nosotros» (Rivière, 1987, p. 87). Pero, como dice Julio Seoane (1985), aunque «es fácil aceptar que la mente sea un sistema de procesamiento de la información: lo difícil es aceptar que sea solamente eso. La mente es un sistema de procesamiento de la información que adquiere significado dentro de una interacción social o, si se prefiere, en presencia de otras mentes. No es una propiedad que se pueda aplicar a una materia, sino que sólo se puede aplicar a una materia organizada socialmente» (p. 388).

Estas últimas observaciones son relevantes porque nos sitúan en la pista del juego de equívocos que puede haber servido de fundamento al caso contra la psicología popular: el materialismo eliminacionista de la neurociencia olvida, con cierta frecuencia, lo de la materia *organizada socialmente*, las posiciones funcionalistas y los modelos basados en la metáfora del ordenador desatienden el hecho de que el procesamiento humano de la información sólo adquiere significado en la interacción social. La solución a estas dificultades no es tanto la de desarrollar una acusación sistemática contra las ficciones de la psicología popular, sino la de exigir a las teorías psicológicas de la neurociencia y la psicología cognitiva que no olviden la evidencia. En este caso también, la mejor defensa es el ataque.

En consonancia con esta última observación (cuyo carácter belicoso reconozco sin dificultades) está la única crítica que haría a la posición de López Cerezo, que comparto en lo fundamental. La crítica es que quizá la suya es una defensa excesivamente timorata de la psicología popular: ¿Sólo es posible una defensa (matizadamente) instrumentalista de la psicología del sentido común, o podemos dar algún paso más allá? Pienso que resultará muy difícil explicar el fundamento mismo de la psicología natural (prefiero este término al de «popular», cuando hablamos de núcleo duro) desde la posición (matizadamente) instrumentalista que propone López Cerezo: el supuesto de un cierto *realismo* de las categorías e inferencias sobre estados mentales, que empleamos en nuestra vida cotidiana, parece necesario para explicar la notable capacidad humana de: a) reconocer que los otros tienen estados mentales, cuya naturaleza y estructura es esencialmente idéntica a la de los estados propios y b) los cambios más o menos transitorios que se producen en los *contenidos* de los estados mentales intencionales, y que permiten diferenciar los contenidos propios de los inferidos en otros. Si las categorías de la psicología natural fueran puras *ficciones instrumentales* resultaría difícil comprender cómo son tan comunes en las diferentes cultu-

ras y lenguajes, y por qué complicados vericuetos consiguen convertirse en una de las premisas básicas de las actividades comunicativas y lingüísticas humanas. Claro que no es fácil dar cuenta de ese compromiso realista que, hasta cierto punto, cabe reconocer al núcleo duro de la Psicología popular (a mi entender mucho menos variable de lo que supone López Cerezo). No es fácil, sobre todo, desde los compromisos y estilos explicativos, del «materialismo prometedor» y la psicología más cercana al paradigma también duro del procesamiento.

No sólo ahí hay dificultades: en realidad, y en un sentido profundo, *las categorías intencionales (los enunciados intencionales) de la psicología natural siempre han sido tomadas como obstáculos epistemológicos para la construcción de la psicología científica*. En esto la psicología no ha sido tan diferente de la física, que tuvo que enfrentarse a los modelos animistas y artificialistas de explicación de los fenómenos naturales para constituirse como ciencia (Bachelard, 1974). Desde la interpretación como resistencias y negaciones de esos enunciados que se produce en el psicoanálisis, a su consideración conductivista como pura conducta verbal referida a entidades ficticias y no-explicativas, o la reducción psicométrica de su sentido primigenio, los enunciados sobre estados mentales (y sobre todo los enunciados *intencionales* en primera persona de singular) se han considerado objetivamente como obstáculos, que deberían reducirse a «otro» lenguaje: el del inconsciente o el de las relaciones extensionales entre la conducta y las contingencias del medio, el de los rasgos de personalidad o el de los procesos subpersonales sobre representaciones de la Psicología cognitiva. Ciertamente, la psicología científica no puede permanecer estática en el plano de las categorías de la psicología cotidiana, ni conformarse con lo que la gente dice de sí misma o con lo que unas personas dicen de otras, cuando usan enunciados intencionales (si los psicólogos nos limitáramos a comprender empáticamente lo que el otro «dice de sí mismo», ¿con qué justificáramos ciencia y sueldo?). Sin embargo, es dudoso que la identificación mimética de la física y la psicología —y de sus respectivos obstáculos epistemológicos— resulte demasiado fértil. ¿Por qué no tomarnos más en serio los enunciados intencionales, y las finas distinciones psicológicas que se realizan en la vida cotidiana?... Al fin y al cabo, los humanos hemos demostrado, en una larga historia, ser unos notables psicólogos naturales; quizá —como pretende Humphrey, 1984— el poder de cómputo de la mente humana sea el resultado de una larga filogénesis en la que era adaptativo calcular la conducta probable de otros y coordinar la propia con la de los demás, e ir más allá de las representaciones de comportamientos puntuales hasta la representación de intenciones más invariantes, que darían cuenta de los comportamientos propios y ajenos. Hay razones para creer que las categorías de nuestra psicología natural son instrumentales y además tocan, de algún modo, alguna clase de *realidad* mental, cuya naturaleza deberá definir, en último término, la psicología científica. El problema es que aún no está claro, ni mucho menos, que los humanos seamos tan buenos psicólogos científicos como psicólogos naturales.

Referencias

- ASTINGTON, J., HARRIS, P. y OLSON, D. (Eds.) (1988). *Developing Theories of Mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BACHELARD, G. (1974). *La formación del espíritu científico*. Madrid: Siglo XXI (3.ª edic.).
- BARON-COHEN, S., LESLIE, A. M. y FRITH, U. (1985). Does the autistic child have a theory of mind? *Cognition*, 21, 37-46.
- (1986). Mechanical, behavioural and intentional stories in autistic children. *British Journal of Developmental Psychology* 4, 113-125.
- DENNETT, D. C. (1978). *Brainstorms. Philosophical Essays of Mind and Psychology*. Cambridge: MIT Press.
- (1980). Toward a cognitive theory of consciousness. En C. W. Savage (Ed.), *Perception and Cognition. Issues in the Foundations of Psychology*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- HUMPHREY, N. (1984). *Consciousness Regained*. Oxford: Oxford University Press.
- LESLIE, A. M. (1988). Some implications of pretense for mechanisms underlying the child's theory of mind. En Astington y col. (Eds.) *op. cit.*, 19-47.
- PREMACK, D. (1988). Does the chimpanzee have a theory of mind? revisited. En Byrne y col. (Eds.), *Machiavellian Intelligence*. Oxford: Oxford University Press, 160-179.
- PREMACK, D. y WOODRUFF, G. (1978). Does the chimpanzee have a theory of mind? *Behavioural and Brain Sciences*, 1 515-526.
- RIVIERE, A. (1987). *El sujeto de la psicología cognitiva*. Madrid: Alianza Psicología.
- SEOANE, J. (1985). Conocimiento y representación social. En J. Mayor (Ed.), *Actividad humana y procesos cognitivos*. Madrid: Alhambra Universidad.
- WOODRUFF, G. y PREMACK, D. (1979). Intentional communication in the chimpanzee: the development of deception. *Cognition*, 7 333-362.